MARIO VARGAS LLOSA

por Ricardo Setti, **1990**

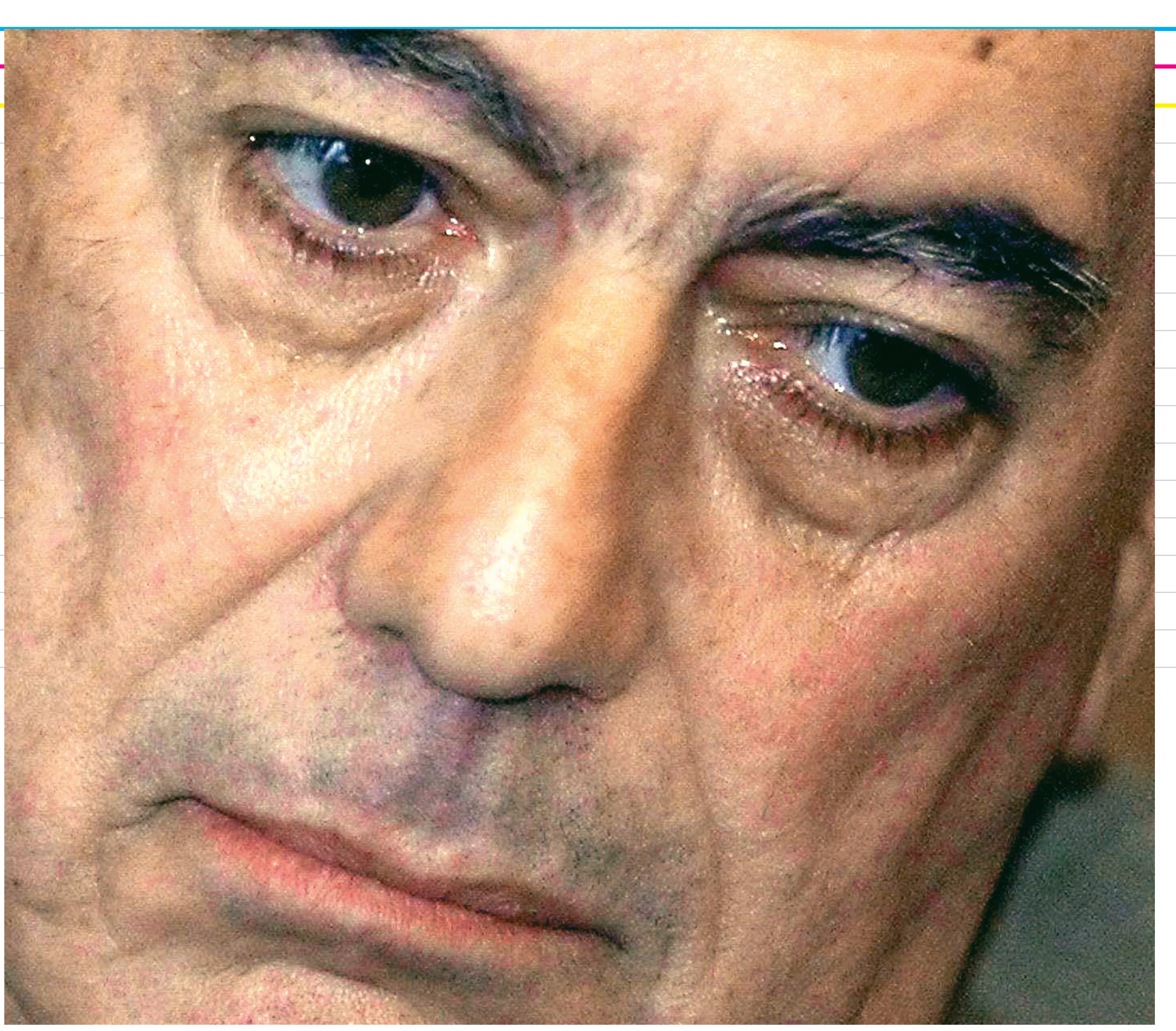
En esta entrevista, Mario Vargas Llosa habla de las mañanas inviolables que pasa en su escritorio escribiendo, siete días por semana. Sin embargo, en el otoño de 1988, decidió interrumpir su rígido plan de trabajo para presentarse como candidato para la presidencia de Perú por el Partido Libertad. Desde hace tiempo, Vargas Llosa se ha manifestado sobre el tema de la política peruana, y varias de sus novelas tienen temas políticos. No obstante, hasta esas elecciones se había resistido a presentar candidatura. Durante la campaña mencionó su disconformidad ante la retórica emocional y vacía que es el lenguaje de la política electoral. En la elección, perdió por poco ante Alberto Fujimori, el 10 de junio de 1990.

Mario Vargas Llosa nació en 1936 en Arequipa, una pequeña ciudad del sur de Perú. Cuando era pequeño, sus padres se divorciaron y él fue a vivir a Cochabamba, Bolivia, con sus abuelos maternos. En 1945 volvió a Perú, donde asistió al Colegio Militar Leoncio Prado y más tarde estudió abogacía en la Universidad de Lima. A los diecinueve años se casó con su tía política, Julia Urquid Illanes, quien tenía catorce años más que él. Ese primer matrimonio fue más tarde el tema de su novela *La tía Julia y el escribidor* (1982). Después de terminar sus estudios en Lima, Vargas Llosa se ausentó diecisiete años de Perú, en un exilio autoimpuesto durante el cual vivió en Francia, Inglaterra y España, y viajó por el Amazonas. Tras ganar su doctorado en Madrid, trabajó como periodista y conferencista. Fue durante este período de exilio cuando empezó a escribir novelas. *La ciudad y los perros*, su primera novela, se publicó en España en 1963 y está basada en sus experiencias en el colegio militar. Entre sus otras novelas se cuentan *La casa verde* (1963), *Conversaciones en la catedral* (1969) y *La guerra del fin del mundo* (1981).

Vargas Llosa es también dramaturgo, ensayista y ha producido un programa semanal de entrevistas en la televisión peruana. Ha recibido numerosos premios literarios internacionales y fue presidente del PEN desde 1976 hasta 1979. Tiene tres hijos y vive con su segunda esposa, Patricia, en Lima, en un departamento que domina el Pacífico.



MARIO VARGAS LLOSA



Se reproduce por gentileza de Editorial El Ateneo. Este fragmento pertenece al volumen Escritores latinoamericanos *de la colección* Confesiones de escritores. *Los reportajes de* The Paris Review.



Usted es un escritor famoso y sus lectores están familiarizados con lo que usted ha escrito. ¿Podría decirnos qué lee?

–Durante los últimos años me ha ocurrido algo curioso. Me di cuenta de que cada vez leía menos a mis contemporáneos y más a escritores del pasado. Leo mucho más literatura del siglo XIX que del siglo XX. Ahora me parece que me inclino menos a la lectura de obras literarias, y más a los ensayos y la historia. No he pensado demasiado por qué leo lo que leo... A veces es por razones profesionales. Mis proyectos literarios están relacionados con el siglo XIX: un ensayo sobre *Los miserables*, de Victor Hugo, o una novela inspirada en Flora Tristán, una reformadora social y "feminista" *avant-la-lettre*, francoperuana. Pero también creo que eso ocurre porque a los quince o a los dieciocho años, uno siente que tiene por delante todo el tiempo del mundo. Al llegar a los cincuenta, uno se da cuenta de que tiene los días contados y que tiene que ser selectivo. Probablemente por eso ya no leo tanto a mis contemporáneos.

Pero entre los contemporáneos a los que lee, ¿a quiénes admira particularmente?

–Cuando era joven era un apasionado lector de Sartre. He leído a los novelistas norteamericanos, en particular a los de la generación perdida... Faulkner, Hemingway, Dos Passos... especialmente a Faulkner. De los autores que leí en la juventud, él es uno de los pocos que todavía significa mucho para mí. Nunca me he desilusionado al releerlo, como me ha ocurrido, digamos, con Hemingway. Hoy no releería a Sartre. Comparada con todo lo que leí después, su obra narrativa parece anticuada y ha perdido gran parte de su valor. En cuanto a sus ensayos, me parece que casi todos ellos tienen una importancia menor, tal vez con una excepción: *San Genet: comediante y mártir*, que todavía me gusta. Los ensayos están llenos de contradicciones, ambigüedades, inexactitudes y divagaciones, algo que nunca ocurrió en el caso de Faulkner. Faulkner fue el primer novelista al que leí con lápiz y papel a mano, porque su técnica me asombró. Fue el primer novelista cuya obra traté de reconstruir, intentando rastrear, por ejemplo, la organización del tiempo, la intersección de tiempo y espacio, las rupturas narrativas y esa capacidad de contar una historia desde diferentes puntos de vista para crear cierta ambigüedad, para proporcionar otra dimensión de profundidad. Como latinoamericano, creo que me resultó muy útil leer sus libros cuando lo hice, porque son una preciosa fuente de técnicas descriptivas que son aplicables a un mundo que, en cierto sentido, no es tan diferente del que describe Faulkner. Más tarde, por supuesto, leí con gran pasión a los novelistas del siglo XIX: Flaubert, Balzac, Dostoievsky, Tolstoi, Stendhal, Hawthorne, Dickens, Melville. Todavía soy un lector ávido de los escritores del siglo XIX. En cuanto a la literatura latinoamericana, por extraño que parezca, la descubrí recién cuando viví en Europa, y empecé a leerla con gran entusiasmo. Tenía que enseñarla en la universidad, en Londres, algo que fue para mí una experiencia muy enriquecedora, porque me obligó a pensar en la literatura latinoamericana en general. A partir de entonces leí a Borges, con quien estaba bastante familiarizado, a Carpentier, Cortázar, Guimarães Rosa, Lezama Lima... toda esa generación, con la excepción de García Márquez. A él lo descubrí más tarde, y hasta escribí un libro: *García Márquez: historia de un deicidio*. También empecé a leer literatura latinoamericana del siglo XIX porque tenía que enseñarla. Me di cuenta entonces de que teníamos escritores extremadamente interesantes... tal vez no tanto los novelistas como los ensayistas o los poetas. Sarmiento, por ejemplo, que nunca escribió una novela, es en mi opinión uno de los grandes narradores que ha producido Latinoamérica: su *Facundo* es una obra maestra. Pero si me viera obligado a elegir un nombre, diría Borges, porque el mundo que ha creado me parece absolutamente original. Aparte de su enorme originalidad, está dotado de una tremenda imaginación y una tremenda cultura que le son propias. Y después, por supuesto, está el lenguaje de Borges, que en cierto sentido implicó un quiebre en nuestra tradición e inició otra. El español es una lengua que tiende a la exuberancia, a la proliferación, a la profusión. Todos nuestros escritores han sido profusos, desde Cervantes hasta Ortega y Gasset, Valle-Inclán o Alfonso Reyes. Borges es lo opuesto... todo concisión, economía y precisión. Es el único escritor en lengua española que tiene casi tantas ideas como palabras. Es uno de los grandes escritores de nuestro tiempo.

¿Cuál fue su relación con Borges?

–Lo vi por primera vez en París, donde viví a principios de la década de 1960. El estaba allí dando seminarios sobre literatura fantástica y sobre gauchesca. Más tarde lo entrevisté para la Oficina de Radio y Televisión Francesa, donde yo trabajaba en esa época. Todavía lo recuerdo con emoción. Después, nos vimos varias veces en diferentes lugares del mundo, hasta en Lima, donde ofrecí una cena para él. Al final de la velada él me pidió que lo llevara al baño. Mientras orinaba, dijo de repente: "Los católicos... ¿usted cree que son serios? Posiblemente no". La última vez que lo vi fue en su casa de Buenos Aires; lo entrevisté para un programa de televisión que yo hacía en Perú y tuve la impresión de que se resintió por algunas de las preguntas que le hice. Es raro, pero se puso mal porque después de la entrevista –durante la cual, por supuesto, fui extremadamente atento, no sólo debido a la admiración que sentía por él sino también por el gran afecto que experimentaba por ese hombre encantador y frágil– dije que me sorprendía la modestia de su casa, que tenía paredes descascaradas y goteras en el techo. Aparentemente, ese comentario lo ofendió profundamente. Octavio Paz me dijo que verdaderamente se ofendió porque dije eso de su casa. Y eso es lo único que puede haberlo herido, porque por lo demás no hice otra cosa que elogiarlo. No creo que haya leído mis libros. Según el mismo Borges, no había leído nada de ningún escritor vivo después de cumplir los cuarenta años, sino que tan sólo leía y releía los mismos libros... Pero es un escritor a quien admiro mucho. No es el único, por supuesto. Pablo Neruda es un poeta extraordinario. Y Octavio Paz... no sólo es un gran poeta, sino también un gran ensayista, un hombre que es coherente en la política, en el arte y en la literatura. Su curiosidad es universal. Todavía lo leo con gran placer. Además, sus ideas políticas son muy similares a las mías.

¿Y qué le ocurrió con García Márquez?

–Eramos amigos, durante dos años fuimos vecinos en Barcelona, vivíamos en la misma calle. Más tarde, nos distanciamos por razones personales y políticas. Pero la causa original de nuestro distanciamiento fue un problema personal que no tenía ninguna relación con sus convicciones ideológicas... que tampoco apruebo. En mi opinión, su escritura y sus opiniones políticas no son de la misma calidad. Digamos que admiro mucho su producción como escritor. Como ya he dicho, escribí un libro de seiscientas páginas sobre su obra. Pero no siento mucho respeto por él personalmente ni por sus convicciones políticas, que no me parecen serias. Creo que son oportunistas y orientadas a ganar publicidad.

En un ensayo que usted publicó hace pocos años, escribió que la literatura es una pasión, y que esa pasión es excluyente y que exige sacrificios sin concesión. "El deber primordial no es vivir sino escribir", y eso me recuerda a algo que escribió Fernando Pessoa, el poeta portugués: "Navegar es preciso, vivir no es preciso".

–Podríamos decir que escribir es necesario y que vivir es innecesario... Le contaré algo de mí, para que la gente me comprenda mejor. La literatura ha sido muy importante para mí desde que era niño. Pero aunque leía y escribía mucho durante mis años escolares, nunca imaginé que algún día me dedicaría por entero a la literatura, porque en ese momento la posibilidad parecía un lujo desmedido para un latinoamericano, especialmente para un peruano. Me planteé otras metas: planeaba ser abogado, profesor o periodista. Había aceptado que algo que era esencial para mí quedara relegado a un segundo plano. Pero cuando llegué a Europa con una beca después de terminar la universidad, me di cuenta de que si seguía pensando de ese modo nunca me convertiría en escritor, de que la única manera de lograrlo sería decidir oficialmente que la literatura no sólo fuera mi principal preocupación sino también mi ocupación. En ese momento decidí dedicarme por entero a la literatura. Y como no podía mantenerme exclusivamente como escritor, resolví buscar trabajos que me dejaran tiempo para escribir y que nunca fueran prioritarios. Creo que esa decisión marcó un hito en mi vida, porque desde entonces tuve poder para escribir. Se produjo un cambio psicológico. Por eso es que la literatura es para mí una pasión más que una profesión. Obviamente, es una profesión también, porque vivo de ella. Pero aunque no pudiera mantenerme escribiendo, seguiría escribiendo. La literatura es más que un *modus vivendi*. Creo que la elección de un escritor, cuando decide dedicarse por entero a su trabajo, poner todo al servicio de la literatura en vez de relegarla a otras consideraciones, creo que esa elección es absolutamente crucial. Algunas personas creen que la literatura es una actividad complementaria o decorativa dentro de una vida dedicada a otras cosas, o incluso la consideran un medio de ganar prestigio y poder. En esos casos, se produce un bloqueo, la literatura se venga y no permite escribir con libertad, audacia ni originalidad. Por eso pienso que es tan importante comprometerse totalmente con la literatura. Lo que resulta extraño, en mi caso, es que cuando tomé esa decisión creí que estaba eligiendo una vida dura, porque nunca imaginé que la literatura pudiera darme para vivir, por no hablar de vivir bien. Todavía me parece una especie de milagro. Todavía no puedo dejar de asombrarme. No tuve que privarme de nada esencial para poder escribir. Recuerdo que me sentía mucho más frustrado e infeliz cuando no podía escribir, cuando estaba viviendo en Perú, antes de marcharme a Europa. Me casé cuando era muy joven, y tuve que trabajar de cualquier cosa que pudiera conseguir. ¡Hasta tuve siete trabajos al mismo tiempo! Por supuesto, escribir me resultaba prácticamente imposible. Escribía los domingos, los días feriados, pero me pasaba casi todo el tiempo en algún trabajo espantoso que no tenía nada que ver con la literatura, y me sentía terriblemente frustrado. Ahora, cuando me despierto a la mañana, suelo asombrarme ante la idea de que puedo pasarme la vida haciendo lo que me da mayor placer y, lo que es más, vivir de eso, y bien.

Hemos mencionado a algunos escritores cuya obra usted admira. Ahora hablemos de su propia obra. Ha dicho varias veces que *La guerra del fin del mundo* es su mejor libro. ¿Todavía lo cree así?

–Es la novela en la que puse más esfuerzo, en la que di más de mí. Me llevó cuatro años escribirla. Tuve que hacer gran cantidad de investigaciones, leer muchísimo y superar grandes dificultades, porque era la primera vez que escribía sobre otro país, un país que no era el mío, en una época que no era la mía, y donde tenía que trabajar con personajes que hablaban en un lenguaje que no era el del libro. Pero una historia nunca me ha excitado tanto como ésa. Todo me fascinaba, desde las cosas que leía hasta el viaje que hice por el nordeste. Por eso siento particular afecto por ese libro. Además, el tema también me permitió escribir la clase de novela que siempre quise escribir, una novela de aventuras, en la que la aventura es esencial –no puramente imaginaria sino profundamente ligada a la problemática histórica y social–. Probablemente por eso considero que *La guerra del fin del mundo* es mi libro más importante. Por supuesto, esa clase de juicio es siempre subjetivo. Un autor no es capaz de ver su obra con suficiente objetividad como para establecer esa clase de jerarquías. La novela se convirtió para mí en un terrible desafío que yo quería superar. Al principio estaba muy aprensivo. La colosal cantidad de material de investigación me daba vértigo. Mi primera versión era enorme, el doble de tamaño de la novela. Me pregunté cómo haría para coordinar esa enorme cantidad de escenas, las mil historias pequeñas. Durante dos años estuve lleno de ansiedad. Pero entonces hice el viaje por el nordeste, a través del *sertao*, y ése fue el punto de giro. Ya había hecho un resumen. Había querido imaginar la historia primero, sobre la base del material de investigación, para hacer el viaje después. El viaje me confirmó un número de cosas y me dio nuevas interpretaciones de otras. También me ayudaron muchas personas. Extrañamente, el tema no estaba destinado a un libro, sino a una película dirigida por Ruy Guerra. En esa época, la Paramount de París estaba dirigida por alguien a quien yo conocía y que un día me llamó para preguntarme si quería escribir el guión de una película que ellos estaban produciendo para Guerra. Yo había visto otra de sus películas, *Tender Warriors*, que me había gustado mucho, así que fui a París y me reuní con él. Me explicó lo que quería hacer. Me dijo que lo que tenía en mente era una historia que tuviera que ver de algún modo con la guerra de Canudos *. No podíamos hacer una película sobre Canudos, el tema era demasiado amplio, sino sobre algo que estuviera de alguna manera relacionado. Yo no sabía nada de la guerra de Canudos, ni siquiera había oído hablar de eso. Empecé a investigar, a leer sobre el tema, y una de las primeras cosas que leía en portugués fue *Os Sertões*, de Euclides da Cunha. Fue una de las grandes revelaciones de mi vida de lector, similar a la de leer, cuando era niño, *Los tres mosqueteros* o *La guerra y la paz*, *Madame Bovary* y *Moby Dick* ya siendo adulto. Es verdaderamente un gran libro, una experiencia fundamental. Me dejó absolutamente atónito, es una de las mejores obras que ha producido Latinoamérica. Es un gran libro por muchas razones, pero principalmente porque es un manual de "latinoamericanismo"... ahí uno descubre por primera vez lo que Latinoamérica no es. No es la suma de sus importaciones. No es Europa, ni Africa, ni la América precolombina, ni las sociedades indígenas... pero al mismo tiempo, es una mezcla de todos esos elementos que coexisten, de manera dura y a veces violenta. Todo esto ha producido un mundo que pocas obras han capturado con tanta inteligencia y prodigio literario como *Os Sertões*. En otras palabras, el hombre a quien verdaderamente le debo la existencia de *La guerra del fin del mundo* es Euclides da Cunha. Creo que leí prácticamente todo lo que se había publicado sobre la guerra de Canudos hasta ese momento. Primero escribí un guión para la película que nunca se produjo debido a diversos problemas, todos ellos inherentes a la industria cinematográfica. El proyecto llegó a una etapa muy avanzada, la producción ya había empezado, pero un día Paramount decidió que la película no se haría, y no se hizo. Fue una desilusión para Ruy Guerra, pero a mí me permitió seguir trabajando sobre el tema que me había tenido fascinado tanto tiempo para un resultado tan diminuto... después de todo, un guion cinematográfico no es gran cosa. De modo que volví a empezar a leer, a investigar, y alcancé un nivel de entusiasmo que pocos libros me han inspirado. Solía trabajar entre diez y doce horas por día. No obstante, tenía miedo de la respuesta que pudiera provocar en Brasil. Me preocupaba pensar que tal vez consideraran que me estaba entrometiendo en un asunto privado... especialmente porque un escritor clásico brasileño ya se había ocupado del tema. Hubo algunas reseñas desfavorables del libro, pero en general, fue recibido con tanta generosidad y entusiasmo –también por parte del público– que me conmovió. Me sentí recompensado por mis esfuerzos.

En varios artículos de los últimos años, usted ha hecho algunas afirmaciones que parecen muy pesimistas. En 1982, por ejemplo, escribió: "La literatura es más importante que la política. Los escritores sólo deberían involucrarse en política en el sentido de oponerse a sus proyectos más peligrosos y de ponerlos en su lugar". ¿No es ésa una visión pesimista de lo que puede hacer la política para producir progreso?

–No. Quise decir que la literatura tiene más que ver que la política con lo perdurable, que un escritor no puede dar igual valor a la literatura y la política sin fracasar, como escritor y tal vez como político. Debemos recordar que la acción política es bastante efímera, en tanto la literatura tiende a la duración. Uno no escribe un libro para el día de hoy; para que un libro ejerza influencia en el futuro, el tiempo debe desempeñar su papel, algo que rara vez es así en el caso de la acción política. Sin embargo, aun cuando digo esto, no dejo de juzgar el clima político ni de involucrarme por medio de lo que escribo y de lo que hago. Creo que un escritor no puede evitar involucrarse políticamente, en especial países como el mío donde existen problemas complejos y donde la situación social y económica suele tener aspectos dramáticos. Es muy importante que los escritores actúen de alguna manera, proporcionando críticas, ideas, usando su imaginación para contribuir a la resolución de los problemas. Creo que es crucial que los escritores demuestren –porque como todos los artistas, lo sienten más intensamente que nadie– la importancia de la libertad, tanto para la sociedad como para el individuo. La justicia que todos queremos nunca debe ser disociada de la libertad; y nunca debemos aceptar la idea de que en ciertas épocas es necesario sacrificar la libertad en aras de la justicia social o de la seguridad nacional, como lo pretenden los totalitarios de extrema izquierda y los reaccionarios de extrema derecha. Los escritores lo saben porque cada día experimentan hasta qué punto es necesaria la libertad para poder crear, para poder vivir. Los escritores deben defender su libertad como una necesidad tan absoluta como un salario justo o el derecho al trabajo.

Pero yo cité su declaración por su visión pesimista de lo que puede hacer la política. ¿Los escritores deberían limitarse, o podrían limitarse, a expresar su oposición?

–Creo que es importante que los escritores participen, expresen juicios e intervengan, pero también creo importante que no permitan que la política invada ni destruya la esfera literaria, el reino creativo del escritor. Cuando eso ocurre, mata al escritor, convirtiéndolo en un propagandista. Así, es crucial que un escritor ponga límites a sus actividades políticas, sin renunciar ni despojarse del derecho a expresar su opinión.

¿Cómo es que un escritor que ha manifestado siempre una enorme desconfianza de la política se postuló como candidato a la presidencia de Perú en las elecciones de 1990?

–A veces un país puede encontrarse en estado de emergencia, por ejemplo en una guerra, y en ese caso no hay alternativa. La situación actual de Perú es catastrófica. La economía está derrumbada. Durante los primeros diez meses de 1989, la población perdió la mitad de su poder adquisitivo. La violencia política se ha vuelto extrema. Paradójicamente, en medio de esta enorme crisis, aparece la posibilidad de hacer grandes cambios hacia la democracia y hacia la libertad económica. Podemos repensar el modelo colectivista y socialista del estado que ha sido aplicado en Perú desde 1968. No deberíamos perder esta oportunidad de restablecer aquello por lo que hemos luchado durante el último año: la reforma liberal y la creación de una verdadera economía de mercado. Por no mencionar la renovación de la cultura política peruana que es responsable de la crisis que arrasa el país. Todas esas razones me hicieron superar las reservas que tenía y me instaron a involucrarme en la lucha política... una ilusión muy ingenua, después de todo. ■

* *En 1897 un gran grupo de aldeanos desalojados, liderados por el predicador mesiánico Antonio Maciel, ocupó la población de Canudos, en el* sertao *brasileño de Bahía. Bajo el control de Maciel, llamado "el Consejero", declararon a la población estado independiente. La sublevación fue finalmente aplastada por una expedición comandada por el ministro de Guerra brasileño, después del fracaso de varios intentos policiales y militares.*

VERANO 12 / JUEGOS

CRUCI-CLIP

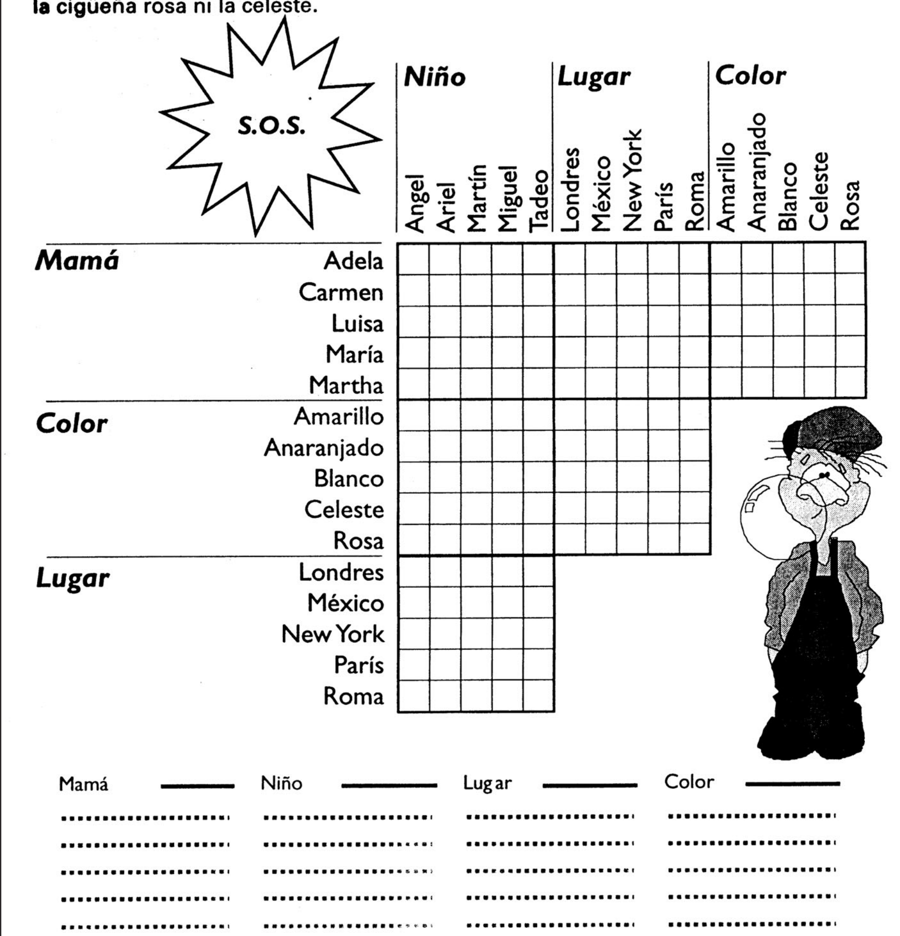
Anote las palabras siguiendo las flechas.

TENER VIDA INERTE · BRONCEADO AL SOL · DISPONER LAS ERAS EN EL HUERTO · PERRA GRANDE DE PRESA · CONSTRUIR · ELEMENTO QUÍMICO · POETA · ARBUSTO DE POCA ALTURA · VENTILAR, AIREAR · PREFIJO: DIENTE · TELA PARA VENDAJES · NIEBLA BAJA CON HOLLÍN · LIBRO SOBRE CIERTA MATERIA · EMPEZABAN A QUEMARSE · PENDENCIA, DISPUTA · LÍNEAS METEOROLÓGICAS · (... MAIDEN) GRUPO HEAVY · EMBARCACIÓN PEQUEÑA · MUY ACTIVA · CORRIENTES DE AGUA DULCE · ULCERA DE LA BOCA · TEATRO LÍRICO MILANÉS · SUTIL, PERSPICAZ · CONSUMIÓ TODO · CONVOQUEN A ENTREVISTA · MARCA DE AUTOMÓVILES · AVE MARINA · (PAUL) PINTOR FRANCÉS · ADIÓS, ABUR · PREFIJO: OCHO · (JUAN) ACTOR ARGENTINO · PERÍODOS DE TIEMPO · (... O'NEILL) ESPOSA DE CHAPLIN

EL CIELO NO PUEDE ESPERAR

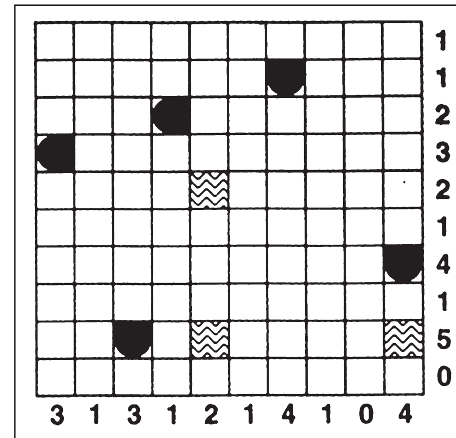
Varias mamás se vieron apremiadas al ser interrogadas por sus chiquilines sobre sus orígenes y las cigüeñas que los transportaron. Descubra qué respondió cada una.

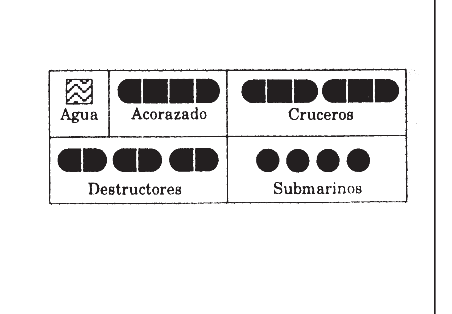
1. El niño originario de París pudo ser Angel o el otro que fue transportado por la cigüeña blanca.
2. Martín fue traído por la cigüeña anaranjada, no desde Roma ni desde México.
3. Miguel es el hijo de Adela. No lo trasladó la cigüeña rosa ni la celeste.
4. El hijo de María fue transportado desde París, no por la cigüeña rosa.
5. Ariel vino desde New York. Martha no es su mamá.
6. Tadeo, el hijo de Carmen, fue traído por el pico de la cigüeña color blanco, no desde Roma.



Mamá — Niño — Lugar — Color

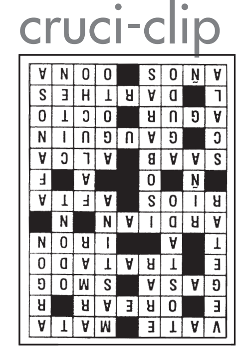
BATALLA NAVAL





SOLUCIONES

cruci-clip



el cielo no puede esperar

Adela, Miguel, Roma, amarillo.
Carmen, Tadeo, México, blanco.
Luisa, Ariel, New York, rosa.
María, Angel, París, Celeste.
Martha, Martín, Londres, anaranjado.

batalla naval

